

tiva de disputar á Lope de Vega la propiedad del inimitable poema épico-cómico de la Gatomaquia, ó de privar al Parnaso español de un poeta mas del mérito reconocido de Tomé de Burguillos, si es que ha existido. Entre tanto que otros esclarecen esta duda, diremos solamente que Don Manuel José de Quintana y otros poetas de este tiempo, encuentran tal semejanza entre los versos de Lope y los de Burguillos, que no dudan en tener al primero por verdadero autor de las obras que corren bajo el nombre del segundo.

El cuidado que hemos puesto en que la presente edicion salga correcta, habiendo cotejado el testo de las diferentes de que hemos podido disfrutar en este pais, nos hace esperar que merecerá la aceptacion del público.

LA GATOMAQUIA,

POEMA BURLESCO.

LA GATOMAQUIA,

POEMA BURLESCO.

SILVA PRIMERA.

Yo aquel que en los pasados
Tiempos canté las selvas y los prados,
Estos vestidos de árboles mayores,
El Holanda, y de flores:
Y aquellas de ganados y de flores:
Las armas y las leyes
Que conservan los reinos y los reyes;
Agora en instrumento menos grave
Canto de Amor suave
Las iras y desdenes,
Los males y los bienes,
No del todo olvidado
El fiero taratántara templado

Con el silvo del pífano sonoro.
 Vosotras, Musas del Castalio coro,
 Dadme favor en tanto,
 Que con el genio que me disteis, canto
 La guerra, los amores y accidentes
 De dos gatos valientes;
 Que como otros estan dados á perros,
 O por agenos ó por propios yerros,
 Tambien hay hombres que se dan á gatos
 Por olvidos de príncipes ingratos,
 O porque los persigue la fortuna
 Desde el columpio de la tierna cuna.

Tú, Don Lope, si acaso
 Te deja divertir por el Parnaso
 El Holandés pirata,
 Gato de nuestra plata,
 Que infesta las marinas
 Por donde con la armada peregrinas;
 Suspende un rato aquel valiente acero,
 Con que al asalto llegas el primero,
 Y escucha mi famosa Gatomaquia:
 Asi desde las Indias á Valaquia
 Corra tu nombre y fama,
 Que ya por nuestra patria se derrama

Desde que viste la morisca puerta
 De Tunez y Biserta,
 Armado y niño en forma de Cupido,
 Con el marqués famoso
 Del mejor apellido,
 Como su padre por la mar dichoso;
 No siempre has de atender á Marte airado;
 Desde tu tierna edad ejercitado,
 Vestido de diamante;
 Coronado de plumas arrogante:
 Que alguna vez el ocio
 Es de las armas cordial socrocio,
 Y Vénus en la paz, como San Telmo,
 Con manos de marfil le quita el yelmo.
 Estaba sobre un alto caballete
 De un tejado sentada
 La bella *Zapaquila* al fresco viento,
 Lamiéndose la cola y el copete;
 Tan fruncida y mirlada,
 Como si fuera gata de convento:
 Su mesmo pensamiento
 De espejo la servia,
 Puesto que un roto casco le traia
 Cierta urraca burlona,

Que no dejaba toca, ni valona,
 Que no escondia por aquel tejado,
 Confin del corredor de un licenciado.
 Ya que lavada estuvo,
 Y con las manos que lamidas tuvo,
 De su ropa de martas aliñada,
 Cantó un soneto en voz medio formada
 En la arteria bocal, con tanta gracia,
 Como pudiera el músico de Tracia,
 De suerte, que cualquiera que la oyera,
 Que era solfa gatuna conociera,
 Con algunos cromáticos disones,
 Que se daban al diablo los ratones.
 Asomábase ya la primavera
 Por un balcon de rosas y alelís,
 Y Flora con dorados borceguís
 Alegaba risueña la ribera:
 Tiestos de Talavera
 Prevenia el verano,
 Cuando *Marramaquíz*, gato romano,
 Aviso tuvo cierto de *Maulero*,
 Un gato de la Mancha su escudero,
 Que al sol salia *Zapaquilda* hermosa,
 Cual suele amanecer purpúrea rosa

Entre las hojas de la verde cama,
 Rubí tan vivo, que parece llama;
 Y que con una dulce cantilena,
 En el arte mayor de Juan de Mena,
 Enamoraba el viento.

Marramaquíz atento

A las nuevas del page,
 Que la fama enamora desde lejos,
 Que fuera de las naguas de pellejos
 Del campanudo trage,
 Introduccion de sastres y roperos,
 Doctos maestros de sacar dineros,
 Alababa su gracia y hermosura
 Con harta melindrífera mesura,
 Pidió caballo, y luego fue traida
 Una mona vestida
 Al uso de su tierra,
 Cautiva en una guerra
 Que tuvieron las monas y los gatos.
 Púsose borceguís y zapatos
 De dos dediles de segar abiertos,
 Que con pena calzó por estar tuertos:
 Una cuchar de plata por espada,
 La capa colorada

A la francesa, de una calza vieja,
 Tan igual, tan lucida y tan pareja,
 Que no será lisonja
 Decir que Adonis en limpieza y gala,
 Aunque perdone Vénus, no le iguala;
 Por gorra de Milan media toronja,
 Con un penacho rojo, verde y bayo
 De un muerto por sus uñas papagayo,
 Que diciendo: *¿quién pasa?* cierto día,
 Pensó que el rey venia,
 Y era *Marramaquiz* que andaba á caza,
 Y halló para romper la jaula traza:
 Por cuera dos mitades, que de un guante
 Le ataron por detras y por delante;
 Y un puño de una niña por valona.
 Era el gatazo de gentil persona,
 Y no menos galan que enamorado:
 Bigote blanco, y rostro despejado,
 Ojos alegres, niñas mesuradas,
 De color de esmeraldas diamantadas;
 Y á caballo en la mona parecía
 El paladin Orlando, que venia
 A visitar á *Angélica* la bella.
 La recatada ninfa, la doncella,

En viendo el gato, se mirló de forma,
 Que en una grave dama se trasforma;
 Lamiéndose á manera de manteca
 La superficie de los labios seca;
 Y con temor de alguna carambola
 Tapó las indecencias con la cola;
 Y bajando los ojos hasta el suelo,
 Su mirlo propio la sirvió de velo:
 Que ha de ser la doncella virtuosa
 Mas recatada mientras mas hermosa.
Marramaquiz entonces, con ligeras
 Plantas batiendo el Tetüan caballo,
 Que no era *pie de hierro*, ó *pie de gallo*,
 Le dió cuatro carreras,
 Con otras gentilezas y escarceos,
 Alta demostracion de sus deseos;
 Y la gorra en la mano
 Acercóse galan y cortesano,
 Donde le dijo amores.
 Ella con las colores
 Que imprime la vergüenza,
 Le dió de sus guedejas una trenza,
 Y al tiempo que los dos marramizaban,
 Y con tiernos singultos relamidos

Alternaban sentidos ;
 Desde unas claraboyas, que adornaban
 La azotea de un clérigo vecino,
 Un bodocazo vino,
 Disparado de súbita ballesta
 Mas que la vista de los ojos presta ;
 Que dándole á la mona en la almohada,
 Por de dentro morada,
 Por defuera pelosa,
 Dejó caer la carga, y presurosa
 Corrió por los tejados,
 Sin poder los lacayos y criados
 Detener el furor con que corría.

No de otra suerte, que en sereno día
 Balas de nieve escupe, y de los senos
 De las nubes relámpagos y truenos
 Súbita tempestad en monte ó prado ;
 Obligando que el tímido ganado
 Atónito se esparza,
 Ya dejando en la zarza
 De sus pungentes laberintos vana
 La blanca ó negra lana,
 Que alguna vez la lana ha de ser negra,
 Y hasta que el sol en arco verde alegra

Los campos que reduce á sus colores,
 Ni vuelven á los prados, ni á las flores ;
 Asi los gatos iban alterados
 Por corredores, puertas y terrados,
 Con trágicos maullos,
 No dando como tórtolas arrullos ;
 Y la mona la mano en la almohada,
 La parte occidental descablada,
 Y los húmidos polos circunstantes
 Bañados de medio ámbar como guantes.

En tanto que pasaban estas cosas,
 Y el gato en sus empresas discurría,
 Con ansias amorosas,
 Porque no hay alma tan helada y fria,
 Que amor no agarre, prenda y engarrafe,
 Y el mas alto tejado enternecia,
 Aunque fuesen las tejas de Getafe,
 Y ella con ñifi, ñafe,
 Se defendia con semblante airado ;
 Aquel de cielo y tierra monstro alado,
 Que vestido de lenguas y de ojos,
 Ya decrépito viejo con antojos,
 Ya lince penetrante,
 Por los tres elementos se pasea,

Sin que nadie le vea;
 Con la forma elegante
 De *Zapaquilda*, discurrió ligero
 Uno y otro emisfero,
 Aunque con las verdades lisonjera,
 Y en cuanto baña en la terrestre esfera,
 Sin escepcion de promontorio alguno,
 El cerúleo Neptuno,
 Plasmante universal de toda fuente,
 Desde Bootes á la austral corona,
 Y de la Zona frígida á la ardiente.
 Esto dijo la fama, que pregona
 El bien y el mal; y en viendo su retrato
 Se erizó todo gato,
 Y dispuso venir con esperanza
 Del galardón que un firme amor alcanza.
 Los que vinieron por la tierra en postas
 Trujeron, por llegar á la ligera,
 Solo plumas y banda, calza y cuera.
 Los que habitaban de la mar las costas,
 Tanto pueden de amor dulces empresas,
 Vinieron en artesas;
 Mas no por eso menos
 Hasta la cola de riquezas llenos:

Y otros por bazaría,
 Para mostrar despues la gallardía,
 En cofres y baules,
 Surcando las azules
 Montañas de Anfitrite;
 Y alguno, que á disfraces se remite,
 Por no ser conocido,
 En una caja de orinal metido.
 Con esto en muchos siglos no fue vista,
 Como en esta conquista,
 Tanta de gatos multitud famosa
 Por *Zapaquilda* hermosa.
 Apenas hubo teja ó chimenea
 Sin gato enamorado,
 De bodoque tal vez precipitado,
 Como Calisto fue por Melibea;
 Ni ratón parecia,
 Ni el balbuciente hocico permitia
 Que del nido saliese:
 Ni queso, ni papel agujeraba
 Por costumbre, ó por hambre que tuviese;
 Ni poeta por todo el universo
 Se lamentó que le royesen verso:
 Ni gorrion saltaba,

Ni verde lagartija
 Salia de la cóncava rendija:
 Por otra parte el daño compensaba,
 Que de tanto gatazo resultaba,
 Pues no estaba segura
 En sábado morcilla, ni asadura,
 Ni panza, ni cuajar, ni aun en lo sumo
 De la alta chimenea
 La longaniza al humo,
 Por imposible que alcanzarla sea,
 Exento á la porfía en la esperanza,
 Que tanto cuanto mira, tanto alcanza.

Entre esta generosa ilustre gente
 Vino un gato valiente,
 De hocico agudo, y de narices romo,
 Blanco de pecho y pies, negro de lomo,
 Que *Mizifuf* tenia
 Por nombre, en gala, cola y gallardía,
 Célebre en toda parte,
 Por un Zapinarciso y Gatimarte.
 Este, luego que vió la bella gata,
 Mas reluciente que fregada plata,
 Tan perdido quedó, que noche y día
 Paseaba el tejado en que vivia,

Con pages y lacayos de librea,
 Que nunca sirve mal quien bien desea;
 Y sucedióle bien, pues luego quiso,
 ¡O gata ingrata! á *Mizifuf* Narciso,
 Dando á *Marramaquiz* zelos y enojos.
 No sé por cuál razon puso los ojos
 En *Mizifuf*, quitándole al primero,
 Con súbita mudanza,
 El antiguo favor y la esperanza.

¡O cuánto puede un gato forastero,
 Y mas siendo galan y bien hablado,
 De pelo rizo y garbo ensortijado!
 Siempre las novedades son gustosas:
 No hay que fiar de gatas melindrosas.
 ¿Quién pensara que fuera tan mudable
Zapaquilda cruel é inexorable,
 Y que al galan *Marramaquiz* dejara
 Por un gato que vió de buena cara,
 Despues de haberla dado
 Un pie de puerco hurtado,
 Pedazos de tocino y de salchichas?
 ¡O cuán poco en las dichas
 Está firme el amor y la fortuna!
 ¿En qué muger habrá firmeza alguna?

¿Quién tendrá confianza,
Si quien dijo muger, dijo mudanza?

Marramaquiz con ansias y desvelos
Vino á enfermar de zelos,
Porque ninguna cosa le alegraba.
Finalmente *Merlin*, que le curaba,
Gato de cuyas canas, nombre y ciencia
Era notoria á todos la experiencia,
Mandó que se sangrase;
Y como no bastase,
Vino á verle su dama,
Aunque tenia en un desvan la cama,
Adonde la carroza no podia
Subir por alta y por estrecha via;
Pero en fin apeada,
Entró de su escudero acompañada:
Mirándose los dos severamente
Despues de sosegado el accidente,
Él con maullo habló, y ella con mirlo,
Que fuera harto mejor pegarla un chirlo;
Pero por alegralle la sangría
Le trujo su criada *Bufalia*
Una pata de ganso y dos ostiones:
Él se quejó con tímidas razones

En su lenguaje mizo,
A que ella con vergüenza satisfizo:
Quejas, que traducidas dél y della,
Asi, decian: *Zapaquilda* bella,
¿Porqué me dejas tan injustamente?
¿Es *Mizifuf* mas sabio, es mas valiente,
Tiene mas ligereza, mejor cola?
¿No sabes que te quise elegir sola
Entre cuantas se precian de mirladas,
De bien vestidas y de bien tocadas?
¿Esto merece que un invierno helado
De tejado en tejado
Me hallara el alba al madrugar el dia
Con espada, broquel y bizarría,
Mas cubierto de escarcha,
Que soldado español, que en Flandes marcha
Con arcabuz y frascos?
Si no te he dado telas y damascos,
Es porque tú no quieres vestir galas
Sobre las naturales martingalas,
Por no ofender, ingrata á tu belleza,
Las naguas que te dió naturaleza:
Pero en lo que es regalos, ¿quién ha sido
Mas cuidadoso, como tú lo sabes,

En cuanto en las cocinas atrevido
 Pude garrasñar de peces y aves?
 ¿Qué pastel no te truje, qué salchicha?
 ¡O terrible desdicha!
 Pues no soy yo tan feo,
 Que ayer me ví, mas no como me veo,
 En un caldero de agua, que de un pozo
 Sacó para regar mi casa un mozo,
 Y dije: ¿esto desprecia *Zapaquilda*?
 ¡O zelos! ó impiedad! ó amor! reñilda.
 No suele desmayarse al sol ardiente
 La flor del mismo nombre, y la arrogante
 Cerviz bajar humilde, que la gente
 Por la loca altitud llamó gigante:
 Ni queda el tierno infante
 Mas cansado despues de haber llorado,
 De su madre en el pecho regalado,
 Que el amante quedó sin alma. ¡O cielos!
 ¡Qué dulce cosa amor, qué amarga zelos!
 Ella, como le vió que ya exhalaba
 Blandamente el espíritu en suspiros,
 Y que piramizaba
 Entre dulces de amor fingidos tiros,
 Porque no se le rompa vena ó fibra,

El mosqueador de las ausencias vibra,
 Pasándole dos veces por su cara;
 Volvióle en sí, que aquel favor bastara
 Para libralle de la muerte dura;
 Y luego con melífera blandura
 Le dijo en lengua culta:
 Si tu amor dificulta
 El que me debes, en tu agravio piensas
 Tan injustas ofensas:
 Que aunque es verdad que *Mizifuf* me quiere
 Y dice á todos, que por mí se muere,
 Yo te guardo la fe como tu esposa.
 Cesó con esto *Zapaquilda* hermosa,
 Sellando honestas las dos rosas bellas:
 Que siempre hablaron poco las doncellas,
 Que como las viüdas y casadas
 No estan en el amor ejercitadas.
 Bajaba ya la noche,
 Y las ruedas del coche
 Tachonadas de estrellas,
 Brilladores diamantes y centellas,
 Detras de las montañas resonaban:
 Los pájaros callaban,
 Dejando el campo yermo;

Cuando los pages del galan enfermo
 En el alto desvan hachas metian,
 Que alumbrar la carroza prevenian:
 Entonces los amantes,
 (Que son los cumplimientos importantes)
 Ella por irse, y él quedarse á solas,
 Se hicieron reverencia con las colas.

SILVA SEGUNDA.

Convaleciente ya de las heridas
 De los crueles zelos
 De *Mizifuf* *Marramaquiz* valiente:
 Aquellos que han costado tantas vidas,
 Y que en los mismos cielos
 A Júpiter, señor del rayo ardiente,
 Con disfraz indecente
 Fugitivo de Juno,
 Su rigor importuno
 Tantas veces mostraron,
 Que en fuego, en cisne, en buey le trasformaron
 Por Europa, por Leda y por Egina:
 Con pálida color y banda verde,
 Para que la sangría se le acuerde,
 Que amor enfermo á condoler se inclina,
 Paseaba el tejado y la buharda
 De aquella ingrata, cuanto hermosa fiera.

Quien ama fieras, ¿qué firmeza espera,
 Qué fin, qué premio aguarda?

Zapaquilda gallarda

Estaba en su balcon, que no atendia
 Mas de á saber si *Mizifuf* venia;
 Cuando *Garraf* su page,
 Si bien de su linage,
 Llegó con un papel y una bandeja:
 Ella la cola y el confin despeja,
 Y la bandeja toma,
 Sobre negro color labrada de oro
 Por el Indio oriental, y con decoro
 Mira si hay algo, que primero coma:
 Ofensa del cristal de la belleza,
 Propia naturaleza
 De gatas, ser golosas,
 Aunque al tomar se finjan melindrosas;
 Y antes de oir al page,
 Ve las alhajas que el galan envia,
 Qué joya, qué invencion, qué nuevo traje:
 En fin vió que traia
 Un pedazo de queso
 De razonable peso,
 Y un relleno de hnevos y tocino:

Atis en fruta, que produce el pino
 Entre menuda rama
 En la falda del alto Guadarrama,
 Por donde van al bosque de Segovia;
 Y luego en fe de que ha de ser su novia,
 Dos cintas, que le sirvan de arracadas:
 Gala que solo á gatas regaladas,
 Cuando pequeñas, las mugeres ponen,
 Que de rosas de nacar las componen.
 Tomó luego el papel, y con sereno
 Rostro, apartando el queso y el relleno,
 Vió que el papel decia:
 « Dulce señora, dulce prenda mia,
 Sabrosa, aunque perdone Garcilaso,
 Si el consonante mismo sale al paso,
Mas que la fruta del cercado ageno;
 Ese queso, mi bien, ese relleno,
 Y esas cintas de nacar os envio,
 Señas de la verdad del amor mio. »

Aqui llegaba *Zapaquilda*, cuando
Marramaquiz zeloso, que mirando
 Estaba desde un alto caballete
 Tan gran traicion, colérico arremete,
 Y echa veloz, de ardiente furia lleno,

Una mano al papel, y otra al relleno:
Garraf se pasma, y queda sin sentido,
 Como el que oyó del arcabuz el trueno
 Estando divertido;
 A quien él ofendido
 Tiró una manotada con las fieras
 Uñas, de suerte que formando esferas,
 Por la region del aire vagaroso
 Le arrojó tan furioso,
 Que en el claro cristal de sus espejos
 Pudo cazar vencejos,
 Menos apasionado, y mas ocioso.
 No de otra suerte el jugador ligero
 Revuelve la pelota al que la saca,
 Herida de la pala resonante;
 Quejase el aire que del golpe fiero
 Tiembla, hasta tanto que el furor se aplaca,
 Y chaza el que interviene el pie delante;
 El gatazo arrogante,
 Sin soltar el relleno, despedaza
 El papel que en los dientes
 Con la espuma zelosa vuelve estraza,
 Y á *Zapaquilda* atónita amenaza.
 Como se suele ver en las corrientes

De los undosos rios quien se ahoga,
 Que asiéndose de rama, yerba ó sogá,
 La tiene firme, de sentido ageno;
 Asi *Marramaquiz* tiene el relleno:
 Que ahogándose en congojas y desvelos,
 No soltaba la causa de los zelos.
 ¡O cuánto amor un alma desespera,
 Pues cuando ya se ve sin esperanza,
 En un relleno tomará venganza!
 ¿Mas quién imaginara, que pudiera
 Dar zelos el amor en ocasiones
 Con rellenos de huevos y piñones?
 ¡Mas ay de quien le había
 Hecho para la cena de aquel dia!
 Huyóse al fin la gata, y con el miedo
 Tocó las tejas con el pie tan quedo
 Que la Amazona bella parecia,
 Que por los trigos pálidos corria,
 Sin doblar las espigas de las cañas:
 Que de tierras estrañas
 Tales gazapas las historias cuentan.
 Los miedos, que á la gata desalientan,
 La hicieron prometer, si la libraba,
 Al niño Amor un arco y una aljaba

De aquel zeloso Rodamonte fiero,
 Hasta pasar las furias del enero;
 El cual juró olvidarla, y en su vida,
 Desnuda ni vestida
 Volver á verla, ni tener memoria
 De la pasada historia,
 Y buscar algun sabio
 Para satisfaccion de tanto agravio:
 Pero fueron en vano sus desvelos,
 Que amor no cumple lo que juran zelos;
 Y tanto puede una muger, que llora,
 Que vienen á reñirla, y enamora,
 Creyendo el que ama en sus zelosas iras
 Por una lagrimilla mil mentiras;
 Y como Ovidio escribe en su Epistolio,
 No me acuerdo del folio,
 Estas heridas del amor protervas,
 Ne se curan con yerbas:
 Que no hay para olvidar á amor, remedio
 Como otro nuevo amor, ó tierra en medio.

Garraf, en tanto que esto se trataba,
 Estropéado á *Mizifuf* llegaba,
 Mayando tristemente
 En tono hipocondríaco y doliente;

Como suelen andar los galloferos
 Para sacar dineros,
 Manqueando de un brazo,
 Colgado de un retazo,
 Y débiles las piernas,
 Una cerrando de las dos linternas,
 Por mirar á lo vizco:
 Luego en el corazon le dió un pellizco
 La mala nueva, que adelanta el daño,
 Haciendo ei aposento al desengaño,
 Y díjole: ¿Qué tienes,
Garraf amigo, que tan triste vienes?
 Entonces él, moviendo tremolante
 Blanda cola detras, lengua delante,
 Le refirió el suceso,
 Y que *Marramaquíz* papel y queso
 Y relleno tambien le habia tomado,
 Como zeloso airado,
 Como agraviado necio,
 Con infame desprecio,
 Con descortes porfía;
 Y que de tan estraña gatería
Zapaquilda admirada
 Huyó por el desvan, la saya alzada:

Que lo que en las mugeres son las naguas
 De raso, tela, ó camelote de aguas,
 Es en las gatas la flexible cola,
 Que *ad libitum* se enrosca, ó se enarbola.
 Contóle que de aquella manotada
 Con su cuerpo afligido,
 De miedo helado, y de licor teñido,
 Descalabró los aires,
 Y con otros agravios y desaires,
 Que prometió vengarse por la espada,
 De haberle enamorado á *Zapaquilda*,
 Y hablarla en el tejado de Casilda,
 Una tendera, que en la esquina estaba;
 Y dijo que pensaba
 En desprecio y afrenta de sus dones,
 Hacer de los listones
 Cintas á sus zapatos.
 ¡O zelos! si entre gatos
 De burlas ó de veras
 Formais tales quimeras,
 ¿Qué hareis entre los hombres
 De hidalgo proceder y honrados nombres?
 No estuvo mas airado
 Agamenon en Troya,

Al tiempo que metiendo la tramoya
 Del gran Paladion de armas preñado,
 Echaron fuego á la ciudad de Eneas
 De ardientes hachas y encendidas teas;
 Causa fatal del miserable estrago
 De Dido y de Cartago,
 Por quien dijo Virgilio,
 Que llorando decia,
 Destituida de mortal auxilio:
 « ¡Ay dulces prendas cuando Dios queria! »
 Ni Barbaroja en Tunez,
 Ni el fuerte Pirro, ni Simon Antunez,
 Este bravo Español, y Griego el otro,
 Que *Mizifuf*, como si fuera potro,
 Relinchando de cólera en oyendo
 El fiero y estupendo
 Furor de su enemigo;
 Mas prometiendo darle igual castigo,
 Se fue á trazar el modo
 De vengarse de todo:
 Que á un pecho noble, á un ínclito sugeto,
 Mayor obligacion, mas celo alcanza,
 De poner en efeto
 Desempeñar su honor con la vengauza.

Marramaquiz en tanto
 Desesperado por las selvas iba,
 Para buscar al sabio *Garfínanto*,
 Al tiempo que la Aurora, fugitiva
 De su cansado esposo,
 Arrojaba la luz á los mortales,
 Y el sol infante, en líquidos pañales
 De celages azules
 Mandaba recoger en sus baules,
 Para poder abrir los de oro y rosa,
 El manto de la noche temerosa,
 Aunque era todo el manto de diamantes,
 En el zafiro nítido brillantes
 Ojos del sueño, el hurto y el espanto.
 Este gatazo y sabio *Garfínanto*,
 Cano de barba y de mostachos yerto,
 De un ojo resmellado, y de otro tuerto;
 Bien que de ilustre cola venerable,
 Y que sabia con rigor notable
 Natural y moral filosofía,
 Por los montes vivia
 En una cueva oculta,
 Cuya entrada á las fieras dificultaba,
 Como el de Polifemo un alto risco:

No se le daba un prisco
 De riquezas del mundo, que estimaba
 Solo el sol que Alejandro le quitaba
 A aquel, que de los hombres puesto en fuga
 Metido en un tonel era tortuga.
 ¡Bien haya quien desprecia
 Esta fábula necia
 De honores, pretensiones y lugares
 Por estudios ó acciones militares!
 Sabia *Garfínanto* astrología;
 Mas no pronosticaba,
 Que decia, que el cielo gobernaba
 Una sola virtud que le movia,
 A cuya voluntad está sujeto
 Cuanto crió, que todo fue perfeto:
 No sacaba almanagues,
 Ni decia, que en Troya y los Alfaques
 Verian abundancia
 De pepinos y brebas,
 Muchas lentejas en Paris y en Tebas;
 Y que cierta cabeza de importancia,
 Sin decirnos adónde, faltaria:
 Que por mugeres Vénus prometia
 Pendencias y disgustos,

Como si por sus zelos ó sus gustos
 Fuese en el mundo nuevo.
 Pero volviendo á nuestro sabio Febo
 Despues de consultado,
 Dijo á *Marramaquiz*, que su cuidado
 En vano á *Zapaquilda* pretendia:
 Y que solo seria
 Remedio, que pusiese en otra parte,
 Vengándose con arte,
 Los ojos, divirtiendo el pensamiento,
 Que amar era cruel desabrimiento
 Mas que traer un aspid en las palmas,
 En no reciprocándose las almas:
 Que amor se corresponde con *Antheros*,
 Y mas si lo negocian los dineros.
 Destituido el gato
 Ya de mortal socorro,
 Se fue calando el morro,
 Y dióle una salchicha,
 Por no mostrarse á *Garfñanto* ingrato:
 Que no pagar la ciencia,
 Es cargo de conciencia;
 Mas dicen que de sabios es desdicha.
 Pensando en quien pusiese finalmente

De toda la gatesea bizzarria
 La dulce enamorada fantasía,
 Para verse de amor convalectiente,
 Se le acordó, que enfrente
 De su casa vivia un boticario,
 De cuyo cocinante vestuario
 Una gata salia,
 Que la bella *Mizilda* se decia,
 Y sentada tal vez en su tejado,
 Miraba como dama en el estrado
 Los nidos de los sabios gorriones,
 Dejando pulular los embriones;
 Y en viendo abiertos los maternos huevos,
 Comia algunos de los ya mancebos.
 Admitiendo este nuevo pensamiento,
 Mas que su voluntad su entendimiento,
 Que amor en las venganzas se resfria,
 Emprende mucho, y ejecuta poco,
 Por entonces templó la fantasía:
 Que aquello es cuerdo lo que duerme un loco.

Estaba el sol ardiente
 Una siesta de mayo calurosa,
 Aunque amorosamente,
 Plegando el nacar de la fresca rosa,

Que producen los niños abrazados,
 Huevos del cisne y huevos estrellados
 Pues que los hizo estrellas;
 Cuando *Mizilda* con las manos bellas
 La cara se lavaba y componia,
 No lejos del tejado en que vivia
Marramaquiz, que ya con mas cuidado
 La miraba y servia
 En fe del *Garfñanto* consultado;
 Cuando al mismo tejado
Zapaquilda llegó por accidente:
 El gato viendo la ocasion presente
 Para que su deseo
 La diese zelos con el nuevo empleo;
 Llegándose mas tierno y relamido
 A *Mizilda*, que ya de vergonzosa
 Estaba mas hermosa,
 Y equívoco fingiendo
 Falso desprecio, descuidado olvido,
 En su venganza misma padeciendo
 Amorosos deseos,
 Tales son del amor los devaneos,
 Requebrando á *Mizilda*, á quien pensaba
 Ofrecer los despojos

De aquella guerra, paz de sus enojos,
 A *Zapaquilda* á lo traidor miraba,
 En las intercadencias de los ojos;
 Tan extraño sentido,
 Que es menos entendido,
 Mientras que mas parece que se entiende,
 Pues siempre con engaños se defiende:
 Que si las luces de los ojos miras,
 Basta ser niñas para ser mentiras.
Mizilda, á quien tocaba en lo mas vivo
 El amor primitivo,
 Porque, como doncella, fácilmente,
 A lo que entonces siente
 La tierna edad, se rinden y avasallan
 Hablando con los ojos cuando callan,
 De buena gana dió fácil oido
 A los requiebros del galan fingido;
 Con que ya andaban de los dos las colas
 Mas turbulentas que del mar las olas.
Zapaquilda sentida,
 De aquella libertad (que es propio efeto
 De la que fue querida,
 Sentir desprecio donde vió respeto)
 Murmurando entre dientes,

Amenazaba casos indecentes
 Entre personas tales,
 En calidad y en nacimiento iguales.
 Como se ve gruñir perro de casa,
 Mirando el que se entró de fuera enfrente,
 Estando en medio de los dos el hueso,
 Que ninguno por él de miedo pasa,
 Parando finalmente
 Las iras del canículo suceso,
 En que ninguno de los dos le come;
 Obligando á que tome
 Un palo algun criado,
 Que los desparte airado,
 Y deja divididos,
 Quedando el hueso en paz y ellos mordidos;
 Asi feroz gruñia,
Zapaquilda envidiosa:
 Efecto de zelosa,
 Aunque al gallardo *Mizifuf* queria:
 Que hay mugeres de modo,
 Que aunque no han de querer, lo quieren todo,
 Porque otras no lo quieran;
 Y luego que rindieron lo que esperan,
 Vuelven á estar mas tibias y olvidadas.

Finalmente las gatas encontradas,
 Siendo *Marramaquiz* el hueso en medio,
 Tal suele ser de zelos el remedio;
 A pocos lances de mirarse airadas,
 Vinieron á las manos, dando al viento
 Los cabellos y faldas;
 Y en tanto arañamiento,
 Turbadas de color las esmeraldas,
 Maullando en tiple y el gatazo en bajo
 Cayeron juntas del tejado abajo;
 Con ligereza tanta,
 Aunque decirlo espanta,
 Por ser como era el salto
 Cinco suelos en alto,
 Hasta el alero, del tejado fines,
 Que no perdió ninguna los chapines:
 Quedando el negro amante,
 Despues de tan estraños desconsuelos,
 Muerto de risa en acto semejante:
 Tan dulce es la venganza de los zelos.

SILVA TERCERA.

Distaba de los Polos igualmente
 La máscara del sol, y Cinosura
 Primera cuadrilátera figura,
 Con la estrella luciente
 Que mira el navegante,
 Bordaba la celeste arquitectura:
 Velaba todo amante
 Por el silencio de la noche oscura,
 Y en el indiano clima el sol ardia,
 En dos mitades dividido el día;
 Cuando gallardo *Mizifuf* valiente
 Paseaba el tejado de su dama,
 Que sangrada en la cama
 La tuvo el accidente
 Dos días, que faltó sol al tejado
 Y estuvo la cocina sin cuidado,
 No por la altura de los siete cielos,

Mas por el sobresalto de los zelos.
 Iba galan y bravo,
 Un cucharon sin cabo,
 Destos de hierro de sacar buñuelos,
 Por casco en la cabeza,
 Que en ella tienen la mayor flaqueza;
 Pues no suelen morir de siete heridas,
 Por quien dicen que tienen siete vidas,
 Y un golpe en la cabeza los atonta,
 Y así la tienen á desmayos pronta.
 Broquel de cobertera,
 Espada de á caballo, que antes era
 Cuchillo viejo de limpiar zapatos,
 Que él solia llamar *timebunt* gatos;
 Y por las manchas de los pies y el anca
 Natural media blanca,
 Y capa de un bonete colorado,
 Abierto por un lado:
 Plumas de un pardo gorrion cogido
 Por ligereza, pero no por arte.
 Así rondaba el nuevo Durandarte,
 Galan favorecido:
 Porque son los favores de la dama
 Guarnicion de las galas de quien ama.

Dos músicos traian instrumentos,
 A cuyo son y acentos
 Cantaban dulcemente;
 Y así llegando del balcon enfrente
 De *Zapaquilda* bella,
 Cantaron un romance, que por ella
 Compuso *Mizifuf*, poeta al uso,
 Que él tampoco entendió lo que compuso;
 Mas puesta á la ventana,
 Con serenero de su propia lana,
 Hasta que *Bufalía*
 Le trujo un rocadero,
 Que por mas gravedad y fantasía,
 Sirvió de capirote y serenero;
 En medio de lo grave
 Del romance suave,
 Les dijo con despejo,
 Pareciéndole versos á lo viejo,
 Que jácara cantasen picaresca,
 Y así cantaron la mas nueva y fresca:
 Que para que lo heróico y grave olviden,
 Hasta las gatas jácaras les piden,
 ¡Tanto el mundo decrepito delira!
 Aquí se revolvió la dulce lira,

Y en dos lascivos ayes,
 Andolas, guirigayes,
 Y otras tales bajezas,
 Cantaron pues las bárbaras proezas,
 Y hazañas de rufianes:
 Que estos son los valientes capitanes,
 Que celebran poemas,
 De aquellos que en estremas
 Necesidades viven arrojados
 Al vulgo, como perros á leones:
 Que la virtud y estudios mal premiados
 Mueren por hospitales y mesones:
 Verdes laureles de Virgilio y Enios,
 Perecer la virtud y los ingenios.
 ¿Mas quién le mete á un hombre licenciado
 Mas que en hablar de solo su tejado?
 Que no le dió la escuela mas licencia,
 Que es todo lo demas impertinencia.
 Cuando aquesto pasaba,
Marramaquiz estaba
 Inquieto y acostado,
 Treguas pidiendo á su mortal cuidado;
 Pero como el amor le desvelaba,
 Dió, de sentido falto,

Desde la cama un salto,
 Compuesta de pellejos,
 Otro tiempo conejos,
 Que en el Pardo vivian,
 Y en la cola sus cédulas traian
 Para seguridad de sus personas;
 Mas ay ¡ muerte cruel! ¿ á quién perdonas?
 Saltó en efeto, como el conde Claros;
 Y armándose de ofensas y reparos,
 Vino de ronda al puesto por la posta,
 Por ver si habia Moros en la costa;
 Y no salió ilusión el pensamiento,
 Que del alma el primero movimiento
 Pocás veces engaña.
 No suele débil caña,
 En las espadas verdes esparcidas
 Del aire sacudidas,
 Hacer manso ruído
 Con mas veloz sonido,
 Como rugió los dientes;
 Ni entre los accidentes
 Del erizado frio
 Al enfermo sucede
 Aquel ardor contrario,

Como de ver tan loco desvarío
 Que apenas les concede
 Entre uno y otro pensamiento vario
 Respiracion y aliento
 De la vida instrumento;
 Helado y abrasado
 Entre ardores y hielos,
 Al frio de los zelos
 Frígido fuego sucedió mezclado,
 Que con distinto efeto,
 En un mismo sugeto
 Viven, siendo contrarios:
 La causa es una, y los efectos varios.
 Miraba á *Zapaquilda* en la ventana,
 Hablando con su amante,
 Sin miedo de la luz de la mañana,
 Que coronaba el último diamante
 Del manto de la noche, que iba huyendo,
 Y cantando y tañendo
 Los músicos con tanto desenfado,
 Como si fuera su tejado el prado:
 Que nunca los amantes
 Previnieron peligros semejantes.
 Asi los embeleca

Amor de ceca en meca,
 Como olvidado Antonio con Cleopatra,
 La gitana de Menfis que idolatra,
 Que ciego de su gusto no temia
 El César, que siguiéndole venia;
 Porque si fue romano Octaviano,
 Tambien *Marramaquiz* era romano;
 Y si valiente César y prudente,
 No menos fue él prudente, que valiente:
 Que en su tanto, los méritos mirados,
 César pudiera ser de los tejados.

Como detras del árbol escondido,
 Mira y advierte con atento oido
 El cazador de pájaros el ramo,
 Donde tiene la liga y el reclamo,
 Para en viendo caer el inocente
 Gilguero, que los dulces silvos siente
 Del amigo traidor, que le convida
 A dura cárcel con la voz fingida;
 Y apenas ve las plumas revolando
 Entre la liga, cuando
 Arremete y le quita, no piadoso,
 Sino fiero y cruel; así el zeloso
Marramaquiz atento

Esperaba el primero movimiento
 Del venturoso amante, que decia
 Con dulce mirlamiento:
 Dulce, señora mía,
 ¿Cuándo será de nuestra boda el dia?
 ¿Cuándo querrá mi suerte que yo pueda,
 Llamaros dulce esposa,
 Que entonces para mí será dichosa?
 ¡Ay! tanto bien el cielo me conceda;
 Mas fue nuestra fortuna,
 Que Júpiter jamas por Ninfa alguna,
 Aunque se trasformaba
 En buey, que el mar pasaba,
 En sátiro y en águila y en pato,
 Nunca le vieron trasformarse en gato;
 Porque si alguna vez gaticuísiera,
 De los amantes gatos se doliera.
 Con voz enamorada,
 Doliente y desmayada
 La gata respondia:
 Mañana fuera el dia
 De nuestra alegre boda;
 Pero todo mi bien desacomoda
 Aquel infame gato fementido,

Marramaquiz, zeloso de mi olvido;
 Que en llegando á saber mi casamiento,
 Hubiera temerario arañamiento,
 Y estimar vuestra vida
 Me tiene temerosa y encogida,
 Que es robusto y valiente,
 Y en materia de zelos impaciente:
 Mejor será matalle con veneno.
 Aquí, de furia lleno,
 Respondió *Mizifuf*: ¿por un villano
 Pierdo el favor de vuestra hermosa mano?
 ¿Èl, señora, lo estorba?
 ¿Es por ventura mas que yo valiente?
 ¿Tiene la uña corva
 Mas dura que la mía,
 O mas agudo y penetrante el diente?
 Entre la mostachosa artillería,
 ¿Qué hueso de la pierna ó espinazo
 Se me resiste á mí? ¿qué fuerte brazo?
 ¿Yo no soy *Mizifuf*? ¿yo no diciendo
 Por línea recta, que probar pretendo,
 De *Zapiron*, el gato blanco y rubio,
 Que despues de las aguas del diluvio
 Fue padre universal de todo gato?

¿Pues cómo agora con desden ingrato
 Teneis temor de un maullador gallina,
 Valiente en la cocina,
 Cobarde en la campaña,
 Y referis por invencible hazaña
 Dar á *Garraf*, un gato mi escudero,
 Que fuera de ser gato forastero,
 Es agora tan mozo,
 Que apenas tiene bozo,
 Una guantada con las uñas cinco,
 Si de repente dió sobre él un brinco?
 ¿Qué Cipión del Africano estrago?
 ¿Qué Anibal de Cartago?
 ¿Qué fuerte Pero Vazquez Escamilla,
 El bravo de Sevilla?
 Por esos ojos, que á la verde falda
 De las selvas hurtaron la esmeralda,
 Que si entonces me hallara en el tejado,
 Que no llevara, como se ha llevado,
 El queso y el relleno:
 ¿Y quereis que le mate con veneno?
 Esa es muerte de príncipes y reyes,
 Con quien no valen las humanas leyes:
 No para un gato bárbaro, cobarde,

Cuyas orejas os traeré esta tarde;
 Y de cuyo pellejo,
 Si no me huye con mejor consejo,
 Haré para comer con mas gobierno
 Una ropa de martas este invierno.

Aquí *Marramaquiz* desatinado,
 Cual suele arremeter el jarameño
 Toro feroz, de media luna armado,
 Al caballero, con airado ceño,
 Andaluz ó estremeño,
 Que la patria jamas pregunta el toro,
 Y por la franja del bordado de oro
 Caparazon, meterle en la barriga
 Dos palmos de madera de tinteros,
 Acudiendo al socorro caballeros
 A quien la sangre ó la razon obliga,
 Del caballo inocente, que pensaba,
 Cuando le vió venir, que se burlaba:
 Gallina *Mizifuf*, dijo furioso,
 El hocico limpiándose espumoso,
 Blasonar en ausencia
 No tiene de mugeres diferencia:
 Yo soy *Marramaquiz*, yo noble al doble
 De todo gato de ascendiente noble:

Si tú de *Zapiron*, yo de *Malandro*,
 Gato del Macedon Magno Alejandro,
 Diciendo, como tengo en pergamino,
 Pintado de colores y oro fino,
 Por armas un morcon y un pie de puerco,
 De Zamora ganados en el cerco:
 Todo campo de golas,
 Sangriento mas que rojas amapolas,
 Con un cuartel de quesos asaderos,
 Roéles en Castilla los primeros.
 No fueron en cocinas mis hazañas,
 Sino en galeras, naves y campañas:
 No con *Garraf* tu page,
 Con gatos moros las mejores lanzas;
 Que yo maté en Granada á *Tragapanzas*,
 Gatazo Abencerrage,
 Y cuerpo á cuerpo en Córdoba á *Murcifo*,
 Gato que fue del regidor Rengifo;
 Y de dos ñaradas
 Deshice á *Golosillo* las quijadas,
 Por gusto de una *Miza*, mi respeto;
 Y le quité una oreja á *Boquifletto*,
 Gato de un albañil de Salobreña:
 La cola en Fuentidueña

Quité de un estiron á *Lameplatos*,
 Mesonero de gatos,
 Sin otras cuchilladas que he tenido,
 Y la que dí á *Garrido*,
 Que del corral de los naranjos era
 Por la espada primera
 Unico gaticida;
 Pero es hablar en cosa tan sabida,
 Decir, quel el tiempo vuela y no se para:
 Que no hay cara mas fea, que la cara
 De la necesidad; y la mas bella
 Aquella del nacer con buena estrella:
 Que alumbra el sol, y que la nieve enfria,
 Que es oscura la noche y claro el dia.
 Esa gata cruel, que me ha dejado
 Por tu poco valor, verá muy presto,
 Siendo aqueste tejado
 El teatro funesto,
 Como te doy la muerte, que mereces,
 Porque mi vida á *Zapaquilda* ofreces;
 Llevando tu cabeza presentada
 A *Mizilda*, que es ya mi prenda amada:
Mizilda, que es mas bella,
 Que al vespertino sol cándida estrella

Vénus, que rutilante
 Es de su anillo espléndido diamante:
 Esta sí que merece la fe mia,
 Mi constancia, mi amor, mi bizzaría,
 Que no gatas mudables,
 Que sí por su hermosura son amables,
 Son por su condicion aborrecibles,
 Amigas de mudanzas y imposibles.
 Aquí sacó la espada ruginosa
 De la vaina mohosa,
 Y á los golpes primeros
 Se llamaron fulleros,
 Si bien no hay deshonor, desenvainada;
 Y *Zapaquilda* huyendo,
 Del súbito temor la sangre helada,
 Dejóse el serenero en el tejado.
 Los músicos, en viendo
 El belicoso duelo comenzado,
 Huyeron, como suelen:
 Que no hay garzas que vuelen
 Tan altas por los vientos;
 Dicen, que por guardar los instrumentos,
 Y mil razones tienen,
 Pues que solo á cantar con ellos vienen:

Que mal cantara un hombre, si supiera,
 Que habia luego de sacar la espada,
 Que tanto el pecho altera;
 Ni pudiera formar la voz turbada:
 Que hay mucha diferencia, si se mira,
 De dar en los broqueles ó en las cuerdas;
 Pasar la espada el pecho, ó por la lira
 El arco, hiriendo las pegadas cerdas.

Andaba entonces *Guruguz* de ronda
 Con una escuadra vil de sus esbirros,
 Cuyo abuelo, nacido en *Trapisonda*,
 Curaba hipocondríacos y cirros;
 Y viéndolos andar á la redonda,
 Como si fueran Césares ó Pirros
 Los dos valientes gatos,
 Con fuerte anhelo descansando á ratos,
 Llegaron á ponerse de por medio,
 Que fue difícil, pero fue remedio.
 Mas como respetar á la justicia,
 De gente principal respeto sea,
 Y lo contrario bárbara malicia,
 Luego *Marramaquiz* rindió la espada:
 ¿Quién habrá que lo crea?
 Mas viendo *Guruguz*, que no queria,

Que el amistad quedase confirmada,
 Sino permanecer en su porfía;
 Llevólos á la cárcel enojado
 Cuando Febo dorado
 Asomaba la frente
 Por las ventanas del rosado Oriente,
 Como si azúcar fuera, y de colores
 En campo verde iluminó las flores.